



El Club del Frijol

Marcela Castañeda Sarti

Ilustraciones: Ricardo A. Barahona

loqueleo

Índice

I.....	7
II.....	13
III.....	27
IV.....	37
V.....	53
VI.....	69
VII.....	77
VIII.....	93
IX.....	103
X.....	127

Mi nombre es Pimpín y soy parte del Club del Frijol. Apuesto a que estarán preguntándose qué tipo de club es este, en el que se incluyen frijoles, ¿verdad? Pero les aseguro que, cuando oigan la historia que voy a contarles, entenderán la razón y tal vez, solo tal vez, hasta les den ganas de comer un plato de frijoles.

Escuché decir que esas pepitas negras eran deliciosas, pero, a decir verdad, yo nunca las probé. Mi dieta jamás podría incluir los frijoles. ¡Por supuesto que no! Yo prefiero el alpiste, las migas de pan y, de vez en cuando, algunos granitos de arroz.

Pero debo decir que, a pesar de no haber probado los tan mentados frijoles, el solo curiosear mientras se cocinaban hacía que se me abriera el apetito.

Incontables veces, el olor conseguía alcanzar mi vuelo sobre los cerros en Buena Vista, el lugar donde las montañas cambiaban de color según el humor del sol. Y por estos cambios de humor yo sabía cuándo era momento de volver a casa. Regresar después de un largo revoloteo era de las cosas que más disfrutaba.

Aunque las casas en el pueblo eran muchas, terminé posando mis ojos en una que desde el principio me llamó la atención. Me gustó tanto que la llamé la Casa que me Gusta. Era amarilla como el maíz y tan pequeña y acogedora como el nido que me abrigaba por las noches. Un techo rojo de dos aguas la cubría, y flores de colores baila-

ban contentas a su alrededor, como agradeciéndole a la tierra ser tan encantadoras.

Los vecinos de Buena Vista vivían tranquilamente frente a las plantaciones de maíz y frijol que engalanaban sus sembradíos. Los niños, por su parte, solían perderse retozando dentro de los matorrales hasta ya entrada la noche. Cuatro de ellos (que no parecían tener nada de extraordinario) se convirtieron en algo muy especial para mí durante mi estadía en el pueblecito de la casita amarilla.

Las cabezas se les perdían dentro de los matorrales al mismo tiempo que los caminos se abrían a su paso de una manera impresionante. Aun con mi rápida mirada no entendía cómo muchas veces los perdía de vista. Pero, después de algunos minutos de aplicada búsqueda, siempre terminaba por encontrarlos.

¡Eso de perseguirlos no era cosa fácil! Esos cuatro niños tenían los cabellos diferentes y casi siempre corrían en direcciones opuestas. Ahora que lo digo, no sé cómo hacían para llegar todos al mismo tiempo al lugar donde generalmente se reunían. Lo cierto es que, sin problema alguno, terminaban descansando bajo la sombra de mi árbol.

Después de mucho observarlos, caí en la cuenta de que ninguno de ellos se parecía a Matilde, la niña que olía a chicle. Pero cada uno de los chicos tenía algún rasgo particular que me hacía reconocerlo, aun cuando a veces solo podía verle la cabeza.

Tengo que confesar que sus cabellos eran un total desastre, no sé si por el sudor que goteaba de ellos o por la tierra que a veces alojaban, pero admito que casi casi

habría podido construir un nido en cualquiera de ellos. No les miento. Daban ganas de posarse en esos cabellos.

En el pelo del primer chico me habría quedado un nido extraño, pues él tenía dibujada una interminable raya recta sobre su cabeza. Pero creo que en el cabello del segundo habría sido más fácil acurrucarme, ya que estaba lo suficientemente enmarañado como para hacer mi nido allí. Sin embargo, este chico tenía el pelo tan oscuro que estoy seguro de que en él me habría perdido fácilmente.

El cabello del tercer niño era genial: parecía tener espinas en lugar de hebras. Pero, después de observarlo bien, dispuse que sería mejor no acercarme demasiado, ya que así cuidaría mis alas de cualquier pinchazo.

Finalmente, el cuarto chico tenía un molote de cabello que él se acomodaba

perfectamente sobre el lado derecho de su cabeza. El enredo no tenía principio ni fin, pero se mantenía tan quieto a las inclemencias del tiempo que era sumamente gracioso imaginar que uno podía quedarse atorado allí volando a una altura baja. Pero, además del molote de cabello, este último chico tenía algo que lo diferenciaba del resto: unas gafas le agrandaban los ojos y hacían que se le vieran más grandes de lo normal.

Mi arribo a Buena Vista fue tan inesperado como mi encuentro con los chicos, pero siempre presentí que el árbol donde había construido mi casa había estado esperándome para que fuera testigo, junto con sus ramas, de los acontecimientos que protagonizarían los chicos y las pepitas negras en aquel lugar.